

al hervir de los volcanes, al rebramar de las tempestades, y aumenta el estruendoso ruido de la naturaleza. Callemos. En el abismo del silencio sepultaremos nuestro dolor. Lo has manifestado á la creacion, y la creacion entera se ha reido de tí. Guardemos nuestra pena, aquí, mudos, inmóviles, frios como esas rocas. Así los séres no se burlarán de este nuestro inmenso dolor.

EVA (*sentada á la entrada de la caverna*).

El quejido, Adan, es el único desahogo del dolor. El monte reventaría si no tuviese el respiro del volcan. Déjame sentir, déjame llorar. Esta noche eterna me hiela el corazon. ¿Qué veo? Un ligero resplandor atraviesa las nubes y se refleja en mi pálida frente. ¿Qué será? ¿Será un relámpago perpétuo que envuelve al cielo? ¿Será una pavesa que el sol habrá dejado caer sobre las nubes ántes de apagarse para siempre? ¿Será el reflejo de la espada del serafin, que vuelve airado á azotar nuestras espaldas? Crece, crece el resplandor. Esa luz que se suspende en las nubes, que se refleja en las eternas nieves, que aleja el ave nocturna, que se desliza entre las ramas secas de los árboles, que besa hasta la entrada de esta os-

cura caverna, que va matando el brillo del relámpago y descubriendo las alborotadas olas del lejano mar á nuestra vista; esta luz pálida, ¿será un nuevo dia concedido á nuestro dolor? ¡Ay! ¡Adan, tengo hambre!

ADAN.

Y ¿dónde podré yo buscar para tí alimento? Desnudo, anhelante, herido y desgarrado mi cuerpo, sin esperanza de reposo, habiéndose roto mis huesos contra las rocas y deshecho mi carne en los torrentes de la lluvia; atormentado por el cielo en que me he hundido, por la tempestad que me ha abrasado la frente; perseguido por miriadas de insectos, que no me han dejado ni un átomo de mi cuerpo sin un dolor profundísimo; amedrentado por los ahullidos de las fieras, que me amenazan con sus dientes; alejado de los rios hasta por los reptiles, que intentan envenenarme con su saliva maldita; incomunicado con la naturaleza por los bosques, por las montañas de nieve, por los abismos, por los despeñaderos; aterido por este frio universal que es la extincion de la vida, no sé dónde buscar alimento para tí, pues la creacion me está diciendo á voces que, en la continua guerra de unos elementos con otros

elementos, el hombre sólo puede alimentarse de la muerte.

EVA.

¡Ay, ay, infeliz! ¡Ni una gota de vida habrá quedado en el seno de la naturaleza!...

ADAN (*saliendo de la caverna*).

Por todas partes encuentro enemigos. Pero yo me levantaré contra ellos. Una fuerza invencible me ata al suelo, y si pudiera, la quebraría, arrojándome á su dominio para volar al cielo. ¿Por qué, mar, has de extenderte ahí orgulloso, impidiéndome caminar hácia adelante, como desea mi corazón? ¿Por qué, montaña audaz, montaña infranqueable, me has de cortar el paso con tus picos, que se hunden allá en las nubes? ¿Por qué, tierra, tierra desconocida, no te has de revelar á mi vista, en vez de ocultarte en esa nieve? Mas ya que así te guardas, tierra, del que fué tu dueño, yo te arrancaré por violencia el beso que antes me dabas por amor. Buscar manantiales de vida en tu seno agotado, es imposible, sí, imposible sin regar, sin empapar con mi sudor tus entrañas maldecidas. Nieve, apártate, apártate, porque ya en tu seno he de encontrar mi alimento. Este

esfuerzo de mi espíritu en lucha con la naturaleza, es la ley del trabajo que Dios me ha impuesto; ley tan necesaria á mi vida como el instinto al bruto, como el movimiento al agua. ¿No háy nada? Aquí encuentro unas raíces. De esto me alimentaré. Esto arrojaré á Eva á su caverna. ¿Qué oigo? ¿Llora? Eva, Eva, aquí te traigo el alimento para este opaco día, alimento arrancado á la tierra con el dolor y con el trabajo.

EVA.

Adan, Adan, he sentido un dolor en mi seno y una alegría inmensa en mi corazón. Se ha despertado en mis entrañas un fuego vivísimo, que ha encendido mi sangre, que ha iluminado mi mente. El placer me ha trastornado. El delirio del dolor se ha convertido en delirio de alegría. Aquí, en mi seno siento un nuevo sér. Su primer movimiento me ha inundado de amor y de esperanza. Nada podrá contra nosotros ya la naturaleza. ¿Qué sér se atrevería á devorar á una madre? Mi vientre es como el botón de una azucena, que guarda la futura vida. Sí, yo le he oído, yo le he oído sollozar aquí. Su primer lágrima al rodar en mi interior, me ha inspirado un éxtasis tan sublime como el que me inspiró el primer

sentimiento de la vida. Desafío todos los elementos. Nada temo. La fuerza de mi amor es superior á los embates de las amargas olas del mar. El sollozo de mi hijo en mis entrañas ha apagado la voz del trueno. Mi amor es un rayo que subirá al cielo y desgarrará, al ménos de compasion, esas nubes tempestuosas que nos amenazan siempre. Ya no estamos solos. Nuestra vida se dilata y se aumenta. Nuestras lágrimas se unirán en un solo cáliz. Llevarémos en los brazos á nuestro hijo. El calor del amor de nuestros corazones volverá á cubrir de flores la tierra. Le daré á la vida con dolor, como Dios me ha dicho; pero bendeciré ese dolor, que me dará á mi hijo. Ven, ave nocturna á desafiarme; ven á herirme, tigre; ven, serpiente, á engañarme; ven, tempestad, á consumirme con tu fuego: ya no podeis nada contra mí, porque ya me siento madre. Conozco, sí, conozco los peligros de la naturaleza. La tierra se trasparenta á mis ojos. No me lanzaré al mar, porque podria lastimar á mi hijo. No bajaré por el borde de los abismos, porque podria despeñar á mi hijo. No iré á buscar á las fieras, porque clavarían sus garras en mi hijo. Ahora conozco que necesito vivir, que debo vivir, y viviré. ¿Qué sería de él sin mí? ¡Oh! Un hijo, un hijo. Delirio

santísimo, yo te bendigo. Ven, Adán, nada temamos. Conciliemos el sueño reparador. Yo no puedo morir en esa eterna guerra de los elementos, porque yo llevo en mí la esperanza del mundo, la renovacion de la vida. Tú no morirás tampoco, porque mi amor, mi destino sublime de madre, me revela hasta lo porvenir. Mirame; mis pálidas mejillas se han sonrosado con el fuego de una nueva vida. Mis venas laten como si volviera á correr por ellas la sávia del Edén. El frio se ha calmado con este santo calor de mi seno. Yo me siento regenerada y bendecida por Dios. Arrodiémonos, y oremos.

ADAN (*cruzando las manos*).

Bendito sea el Eterno.